



Capítulo 614: Regreso a la vida normal

La explosión sacudió el aire.

¡BOOM!

No fue una explosión común y corriente— fue el impacto suave y brutal del Bifröst al chocar con el plano mortal. Las runas nórdicas ardían en el suelo del jardín como brasas azules, formando un círculo perfecto con patrones entrelazados que serpenteaban como serpientes vivas. El arcoíris cósmico brilló por un instante... y luego se disipó, dejando sólo humo brillante.



Vergil surgió primero.

Bostezando.

Como si acabara de bajarse de un autobús lleno de gente, no hubiera regresado de un cónclave divino donde había dividido la realidad en dos y humillado a un campeón de los dioses.

"Woo..." murmuró, estirándose como un gato perezoso mientras atravesaba las runas incandescentes.

Ada la siguió de cerca, ajustándose el cabello, todavía con esa mirada protectora que sólo tenía cuando estaba a su lado.



Brynhildr estaba de pie en el círculo rúnico, con el aura nórdica todavía pulsando alrededor de sus pies. El viento tiró de sus trenzas rubias mientras observaba a los dos alejarse.

"Chico." Su voz los llamó antes de que estuvieran demasiado lejos. "Ten cuidado."

Vergil y Ada se detuvieron.

Brynhildr dio un paso adelante, con el rostro serio, y añadió:

"Lo que hiciste hoy aún no ha sido procesado por los dioses. Pero cuando así sea... el peso de la responsabilidad recaerá sobre tus hombros."

El silencio se hizo pesado por un segundo.

Vergil respondió sólo con un suspiro. Luego volvió su rostro hacia ella, perezosamente, casi divertido.

"Tu inocencia es admirable, Valquiria de Guerra de Odín."

Brynhildr frunció el ceño. "¿Inocencia?"

Virgilio se giró por completo— y, por un instante, ese frío brillo en sus ojos regresó. No violento... pero demasiado lógico. Demasiado lúcido.

La mirada de alguien que ve detrás de mitos, detrás de máscaras... detrás de deidades.



"¿De verdad crees que no me di cuenta de la absurda cantidad de dioses inútiles reunidos en ese lugar?"

Brynhildr abrió la boca, pero no respondió. Ella ni siquiera sabía cómo.

"Usaron a Dioniso como cebo para medir el potencial de los competidores'." Virgilio continuó con voz tranquila, demasiado apática para la gravedad del asunto. "Querían ver quién podría oponerse a los dioses sin dudarlo."

Se acercó un paso más a ella, con las manos en los bolsillos, como si estuviera hablando de finanzas —no de conspiraciones divinas.

"¿Crees que es una coincidencia que Shiva estuviera mirando? ¿Susanoo no interfirió? Hela sólo apareció al final...? Todos podrían haberlo detenido antes de que comenzara."

Brynhildr tragó fuerte. El hecho de que ella no hubiera pensado en eso le dolió.

Virgilio suspiró y concluyó con esa brutal sencillez que era exclusivamente suya:

"Si realmente quisiera enviar un mensaje, habría matado a todos los dioses menores de ese lugar."

Ada ni siquiera parpadeó. Ella sabía que él no estaba exagerando.

Vergil continuó:



"Dioniso fue suficiente. Era todo lo que necesitaba para dejar claro que meterse conmigo tiene un alto precio."

Sus ojos se entrecerraron.

"Y antes de que pienses lo contrario... no exageré."

Brynhildr finalmente encontró su voz:

"No... exag—?"

Virgilio la interrumpió en un tono sereno.

"Dioniso regresará. Él es un dios olímpico. Siempre regresan."

La sombra del dragón apareció en la parte superior derecha de la página.

Su mirada se volvió fría. "Si borrara a alguien de otro panteón entero... las mitologías colapsarían. Líneas de realidad, mantos espirituales, ciclos cósmicos... todo caería."

El silencio se hizo aún más denso.

"Quería evitar esto", concluyó Vergil. "Quiero paz. Doar pace. Y con mi gente."

Él miró a Ada y ella le devolvió la mirada con una pequeña sonrisa —tensa, pero sincera.

Vergil volvió su mirada hacia Brynhildr.



"Entonces no me hables de responsabilidad."

Él asintió levemente.

"Su responsabilidad por sus propias trampas no es mía."

Y se giró para entrar en la mansión de Sapphire como si acabara de regresar de un supermercado.

Brynhildr se quedó allí, con las runas Bifrost todavía emitiendo su resplandor final, mirando al hombre que había desafiado a los dioses... y que todavía afirmaba querer sólo la paz.

Y fue en ese momento cuando finalmente entendió:

La mayor amenaza no era su poder.

Era el hecho de que no quería usarlo.

Porque, si quisiera—

Ningún panteón pequeño sobreviviría...

Vergil ya estaba en el balcón de madera que conducía a la mansión cuando se detuvo de nuevo. La luz de la noche se reflejó en su abrigo mientras miraba por encima del hombro a Brynhildr.

"Voy a ganar este torneo." Su voz salió tan tranquila que casi sonaba como una promesa doméstica. "Resuelve esto rápidamente. Y volver a mi vida tranquila."



Ada respiró profundamente, como si esa tranquilidad fuera la mentira más grande del universo.

Vergil siguió caminando, pero su postura decía que aún no había terminado.

"Ah... y una cosa más." Su energía cambió —un indicio de advertencia, de marcada desconfianza. "Ten cuidado con Yama y esas maniobras furtivas."

Brynhildr levantó una ceja. "¿De qué estás hablando?"

Vergil se giró hacia un lado, lo suficiente como para dejar que su aura demoníaca lamiera el aire por un momento.

"¿Cree que no he notado el cuerpo que está usando?" Su tono era seco. "Un recipiente barato y endebil... del tipo que está al borde del colapso espiritual si soplas demasiado fuerte."

Brynhildr apretó la mandíbula—ahora entendiendo perfectamente.

"¿Tú... ves a través del cuerpo de ese tipo?"

"Veo a través de todo." Virgilio respondió como si fuera obvio.

"Y cuando un dios del inframundo se fuerza a entrar en un recipiente débil, la marca se vuelve obvia. Un olor, una vibración, un temblor en el aura."

Ada lo miró de reojo, ya acostumbrada a su inquietante percepción.



Vergil añadió entonces, más grave que antes:

"Ella debería tener cuidado. Forzar ese tipo de avatar siempre pasa factura.
Tarde o temprano."

Brynhildr sintió un escalofrío recorriendo su columna vertebral —no estaba amenazando. Estaba afirmando un hecho.

Virgilio volvió a caminar, subiendo las escaleras, pero habló lo suficientemente alto como para que la Valquiria lo oyera:

"Algo anda mal con este torneo."

Los ojos de Brynhildr se abrieron.

Vergil se detuvo en la puerta, sin mirar atrás.

"Apenas conocí a ninguno de los luchadores. Sólo el candidato de Wukong... y los hijos de Shiva."

Ada cruzó los brazos y miró a Brynhildr como si dijera: "Sabes que esto no tiene sentido"

Vergil terminó:

"Es demasiado extraño."

El viento cambió de dirección, como si el mundo se hubiera detenido a escuchar.



"Y cuando los dioses se esconden demasiado..." Ahora, miró por encima del hombro, con el azul de sus ojos ardiendo en la oscuridad. "...es porque tienen miedo de lo que revelarán."

La puerta de la mansión se abrió sola.

Virgilio entró como si se retirara a tomar un baño caliente, no desde un campo de batalla divino.

Brynhildr se quedó allí, inmóvil, sintiendo una verdad incómoda:

Si incluso Vergil sospechara...

...



Yama atravesó el salón principal como un cataclismo atrapado dentro de un cuerpo humano. Cada paso explotaba como si estuviera pisoteando directamente los nervios del mundo —un Dios de la Muerte reducido a un caparazón débil, pero aún así un huracán de odio comprimido demasiado apretado para caber dentro.

Una sola patada.

CRACK—BOOOOOOM!

El suelo se derrumbó como un cristal bajo un martillo, formando un cráter que se tragó tres metros del suelo. Las paredes, una vez lisas e imponentes, se desgarraban en patrones irregulares, como si intentaran escapar de su toque.



"¡¡¡AAARGH!!!"

El grito resonó en las profundidades de la estructura como mil campanas funerarias rompiéndose a la vez. No fue sólo ira. Fue una humillación. Era la única emoción que un dios de la muerte nunca debería sentir.

Pero ella lo sintió.

Y ardió.

Virgilio había matado a su candidato.

El guerrero perfecto.

El barco ideal.

La pieza más importante de su plan—cuidadosamente cultivada, nutrita, entrenada, moldeada para un propósito mayor del que cualquier ser humano podría comprender.

Y Virgilio lo mató como si estuviera aplastando un mosquito.

Una grieta seca atravesó el aire cuando Yama golpeó el vacío, y tres enormes pilares implosionaron como conchas huecas, arrojando polvo y escombros a decenas de metros de distancia.

"¡AÑOS!"



Su voz recorrió el pasillo como un trueno furioso.

"¡AÑOS perfeccionando ese espíritu! ¡Ese cuerpo! ¡Ese maldito plano!"

El impacto de esa explosión destrozó cientos de estatuas ancestrales en fragmentos microscópicos, pulverizados por la presión de su aura.

Las sombras corrían a lo largo de las paredes, tratando de esconderse de la presencia que debería controlarlas.

Los siervos espirituales regresaron arrastrándose, algunos desmaterializándose por puro miedo.

Ninguno se atrevió a ponerse de pie.

Nadie se atrevió a respirar.



Su aura surgió de su cuerpo como llamas negras, distorsionadas y frenéticas— como si intentara escapar, como si incluso su propia energía estuviera aterrorizada por lo que estaba a punto de suceder.

"¿Cómo pudo..." El suelo temblaba bajo sus pies.

"...¿cómo SE ATREVE...?!"

Yama golpeó el suelo con suficiente fuerza como para partir una montaña. La piedra se abrió con un gemido agonizante, grietas que atravesaban toda la sala como serpientes de destrucción.



Vergil.

Su nombre era veneno en su mente.

Ese mortal.

Esa abominación.

Ese demonio que caminaba entre dioses con la audacia de alguien que nunca había conocido el miedo.

Su mirada fría.

Su calma insultante.

La forma en que la miraba como si fuera... irrelevant.



Pero nada la cortó tan profundamente como una sola palabra.

La forma en que la llamaba.

Yama apretó los dientes tan fuerte que la sangre goteaba por las comisuras de sus labios. Sus puños se apretaron hasta que la piel humana se agrietó y goteó roja sobre el suelo agrietado.

"Lo destruiré."



Su voz era baja, pero el veneno dentro de ella era más letal que cualquier grito.

"Voy a romper a este chico. Desmantelaré cada músculo, cada hueso, cada fragmento de esta alma sucia. Él rogará... él suplicará morir—"

Su energía explotó con la furia de un sol negro.

iiiFWWWWWOOOOOOOM!!!

Una ola devastadora arrasó el salón y el pasillo exterior, apagando antorchas, derritiendo piedras y haciendo gritar armas ceremoniales mientras eran destruidas por el calor infernal. La temperatura subió tanto que el aire ardió.

Pero entonces...

Su cuerpo humano falló.

Su aura se fracturó como un cristal roto.

Se perdió el equilibrio.

La carne tembló y se desplomó. Yama cayó de rodillas, jadeando, respirando como si estuviera tragando fuego.

Este caparazón ya no podía aguantar más.

Virgilio se había dado cuenta de esto.



Virgilio había expuesto esto.

Virgilio se había burlado de esto.

La humillación se apretó alrededor de su pecho como un puño invisible.

"Maldita sea..." El susurro fue un espasmo de odio.

"El bastardo pagará. Encontraré otro cuerpo. Otro recipiente perfecto."

Sus ojos brillaban de un rojo tan intenso que la habitación estaba manchada de sangre.

"Y cuando comienza el torneo..." El suelo debajo de ella vibraba como si intentara retroceder.

"...Yo mismo borrará esa sonrisa de su rostro."

La sala temblaba, asustada, como un animal acorralado a punto de ser devorado por su propio dueño.

Yama se levantó lentamente, su cuerpo ya ardía, su piel marcada por venas de energía oscura que desgarraban la carne y revelaban el poder debajo de la fachada humana. La rabia era absoluta.

El dolor era visceral.



La humillación fue insopportable.

Y dentro de todo eso...

Una obsesión que crece como una enfermedad.

El salón detrás de ella quedó destruido.

Reducido a ruinas.

Pero ella no miró.

Ella ya estaba pensando en el próximo cuerpo.

El siguiente paso.



El siguiente paso para destruir al niño que la insultó ante todos los panteones.

El único pensamiento que importaba era simple, brutal e inevitable:

Virgilio debe morir.